

---

Posted on Thu, Jan. 19, 2006

## La Sinfónica de Miami, bombos y bombones vieneses

DANIEL FERNANDEZ  
El Nuevo Herald

El clima algo frío completaba la ilusión del concierto vienés que tradicionalmente ofrece la Miami Symphony todos los años. Abrigos, *sweaters* y pieles engalanaban al público que entusiasmado colmaba el Gusman Concert Hall de la Universidad de Miami la noche del sábado. Es que el programa era tentador para todos los gustos: una primera parte sólo de Mozart --estamos en su año, por el 250 aniversario de su nacimiento--, que aunque nacido en Salzburgo, vivió y estrenó mucho en Viena; mientras que la segunda parte estaba fundamentalmente dedicada a los famosos valsos que distinguen a esa ciudad.

El venezolano Eduardo Marturet es la más reciente adquisición de esta orquesta. Como principal director asociado, el maestro ha sabido ya ganarse la admiración y el respeto del público miamense. Su estilo es ágil, mercurial, a veces, "eléctrico". Su visión de la *Obertura de Las bodas de Fígaro* fue vigoroso y movido, con todo el fervor irreverente y revolucionario que tenía la obra en su momento. Marturet le da a Mozart esa dimensión de juventud que muchos olvidan. La música del genio de Salzburgo será eternamente la de un hombre joven y de ahí el acierto del maestro en darlo con fuerza y agilidad.

Luego el barítono David McFerrin --del programa Young Artist of the Florida Grand Opera-- salió a escena con su vozarrón bien timbrado a dar con gracia el aria *Non piu andrai...*, de la misma obra (pieza de la que Perucho Figueredo tomó algunos compases para el *Himno Nacional* cubano).

Siguió la soprano Megan Besley --del mismo programa--, quien dio muestras de una pulida técnica y facilidad para la coloratura en el *Exultate Jubilate*. Esta obra, religiosa y con pasajes menos explosivos, permitió a la orquesta destacarse en *pianos* y en una dimensión de mayor intimidad.

McFerrin brilló de nuevo en el aria *Der Volgefänger bin ich ja* de *La flauta mágica*. Y cerró la primera parte de la noche con el bellísimo dúo *La ci darem la mano*, de *Don Giovanni*, donde el barítono se ganó bien merecidos aplausos junto a Besley.

En vena másailable se desarrolló la segunda parte de la noche, que arrancó con la *Obertura de Die Fledermaus*, de Johann Strauss hijo. El programa siguió en ascenso con una serie de obras del mismo compositor, donde la orquesta y su director supieron mantener en vilo la atención del público, aunque hubo algún que otro desliz en los traicioneros metales. En este grupo de obras hay que destacar la labor del bombo en la explosiva polca *Bajo truenos y relámpagos*, *op. 324*, uno de los mejores momentos de la noche.

La dramática *Danza húngara no. 6*, de Brahms, puso un paréntesis algo gitano en la atmósfera vienesa y cerró la noche el *Vals emperador op. 437*, nuevamente del joven Strauss.

Pero como los aplausos no cesaban, Marturet volvió al podio para regalar una muy viva *Danza húngara no. 5*, de Brahms. Entonces fue la ovación de pie, y como nuevo *encore* --más bien como bombón de postre-- regalaron la polca *Trish-trash*, también de Strauss, en la que Marturet, en vena humorística, dirigió no sólo a la orquesta sino al público que coreaba ciertos pasajes con palmadas. Éxito total.

[dfernandez@herald.com](mailto:dfernandez@herald.com)